

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

EL PABLISMO ANTE EL OBREGONISMO

DON PABLO NO QUISO ESTAR CON OBREGÓN

A bordo de un automóvil, Obregón y Villarreal trataron de atraerse al general González, pero éste no dio color

DATOS SOBRE LA MUERTE DE CARRANZA

Obregón pretendió fijar la versión de que el presidente se había suicidado; incidente con el ministro de Italia

CAPÍTULO XV

Cuando el capitán Octavio Amador, que había sido ayudante del presidente Carranza, terminó su relato, el Gral. Obregón, moviendo ligeramente la cabeza, dijo con un tono de escepticismo:

—*Por todos los informes que tengo, estoy convencido que el Primer Jefe se suicidó.*

Amador, sin poder ocultar su sorpresa, preguntó:

—*¿Que se suicidó el Primer Jefe? ¡No, no; no se suicidó!*

Sin embargo, ya habiéndose retirado Amador, el general Obregón aseguró al general Villarreal que tenía magníficos informes en el sentido de que don Venustiano se había arrancado la vida por sus propias manos.

Las rupturas en el constitucionalismo

UNA CENA HISTÓRICA

Dos o tres días después de esta conversación, Villarreal y Obregón fueron invitados a cenar por el licenciado Manuel Alessio Robles. A la cena fueron también invitados el señor Carrara, ministro plenipotenciario de Italia en México, y el licenciado José Vasconcelos.

Carrara era un tipo caballeroso y un gran admirador del señor Carranza, así como amigo de numerosos jefes revolucionarios.

Durante la cena, el ministro italiano dijo que el asesinato del señor Carranza le había horrorizado; que México había perdido a un notable político y que había recogido las ropas del presidente y examinándolas había visto que el cuerpo de don Venustiano había quedado acribillado a balazos.

El general Obregón seguía, no sin cierto disgusto, las palabras de Carrara, y reposadamente, aunque sin su habitual voz de franqueza, empezó a referir todo lo que sabía o decía saber sobre la tragedia de Tlaxcalaltongo.

ENOJOSO INCIDENTE

Cuando terminó de hacer el relato, el futuro presidente de la República dijo que tenía la seguridad de que don Venustiano se había suicidado. Para apoyar su afirmación, el general dio a conocer algunos detalles de la tragedia.

Carrara, intensamente pálido y sin poder ocultar su emoción, seguía atento la narración del general, pero hubo un momento en que visiblemente disgustado, poniéndose de pie y arrojando la servilleta sobre la mesa, exclamó:

—*No, general Obregón, ni diga usted eso, que le hace daño; el señor presidente Carranza no se suicidó! ¡Al señor Carranza lo asesinaron!*

Sin poder contenerse, a pesar de su refinamiento diplomático, extremadamente nervioso y siempre de pie, el representante italiano agregó:

—*Yo guardo las ropas ensangrentadas del señor presidente y repito que yo veo en ellas las huellas de muchos balazos.*

El disgusto de Obregón por las palabras del ministro era manifiesto; pero supo dominarse y guardar silencio, no sin explicar brevemente que su creencia era el resultado de los informes privados que había recibido, y porque considerando que Carranza era un hombre muy soberbio, podría haber recurrido al suicidio antes de dejarse hacer prisionero.

Carrara, haciendo esfuerzos por dominarse, no replicó a la última información del general Obregón, volviendo a sentarse y cambiando de conversación. La cena continuó en un ambiente que no daba lugar a duda del disgusto que hacía víctima tanto a Obregón como al ministro italiano.

El general Villarreal, intrigado por la actitud del general Obregón, se creyó en la obligación de continuar las investigaciones sobre la tragedia de Tlaxcalaltongo, y más tarde se leerá lo que le dijeron los generales Francisco Murguía, Herrero y Mariel.

UN PROBLEMA DE TRASCENDENCIA

Un problema tanto o más interesante que el de la muerte de Carranza surgió en esos días, por las crecientes dificultades entre obregonistas y pablistas.

Unían al general Villarreal lazos de parentesco y amistad con el general Pablo González. Nativos ambos del mismo pueblo, amigos desde la infancia y compañeros de armas de la revolución, había entre ambos una gran confianza. González, siendo empleado en la estación de ferrocarril en Indio, California, había escrito a Villarreal, siendo éste secretario de la junta organizadora del Partido Liberal en St. Louis, Mo., dándole a conocer sus simpatías por la Junta y pidiendo autorización para organizar grupos liberales en California, y reunir fondos para el movimiento armado en contra del gobierno porfirista.

Gran actividad había desplegado entonces Pablo González en las poblaciones fronterizas, habiendo organizado un gran número de clubes, y ayudando económica y eficazmente a la junta organizadora.

En 1910 como en 1913, González había sido uno de los hombres que había entrado entre los primeros a la revolución, en la cual había logrado alcanzar el grado de divisionario y jefe del ejército. Sin estar distanciado de don Pablo, en 1920 el general Villarreal tenía serios compromisos políticos con el general Obregón, contraídos desde que éste le había visitado en Nueva York.

LABOR CONCILIATORIA

Desde su llegada a la Ciudad de México, el general Villarreal se encontraba entre pablistas y obregonistas. Don Pablo había lanzado su candidatura

Las rupturas en el constitucionalismo

presidencial aunque sin ocultar a los primeros las serias ligas con el general Obregón.

En esas condiciones, una y varias veces, hablando con don Pablo, expuso a éste su pensamiento, diciéndole que consideraba indispensable que reconociera el triunfo del general Obregón, supuesto que había sido Obregón quien había hecho la organización para derrocar al gobierno carrancista. Con entera franqueza, Villarreal indicó al divisionario la conveniencia de que retirara su candidatura presidencial y que el pablismo se fusionara al obregonismo, creyendo que el nuevo gobierno debía de dar un lugar importante a los amigos de don Pablo en la administración pública.

Los pablistas, sin embargo, se negaban a atender esta sugerión, y solamente Juan Sarabía, secretario particular y consejero de González, dándose cuenta de la situación, se había hecho eco de la opinión de don Antonio.

Como la situación entre pablistas y obregonistas era cada día más tirante y un nuevo choque armado entre los dos grupos parecía inevitable, el general Villarreal propuso simultáneamente a don Pablo y Obregón que ambos jefes celebraran una conferencia, creyendo que en ella se podrían hacer las paces.

Hasta ese momento, tanto González como Obregón se habían negado a conferenciar. Sin embargo, a las súplicas de Villarreal, ambos accedieron a celebrar una plática.

LA CONFERENCIA

La conferencia entre los generales Obregón y González se efectuó a bordo de un automóvil. Cuando los dos generales estuvieron sentados en el coche y a los lados del general Villarreal, se saludaron fríamente. Don Pablo, de suyo reservado, abrió la plática, mostrándose alegre, pero sin referirse al conflicto existente. Obregón, quien siempre estaba de buen humor, que era un ameno conversador, aquella noche apenas hablaba, como dando lugar a que González llevara la conversación hacia la situación política y militar reinante en el país.

Como tanto Obregón como González parecían rehuir el punto capital de la conferencia, Villarreal planteó el problema a sus dos amigos y, dirigiéndose a González, le explicó la conveniencia de que renunciara a su candidatura.

Obregón aprobó, aunque débilmente, las palabras de Villarreal. Don Pablo, por su parte, en lugar de dar una resolución categórica, continuó hablan-

do de diferentes asuntos, no sin referirse, quizá con el objeto de obtener una respuesta de Obregón, a la posición en de los jefes militares pablistas.

Tres horas duró el paseo de los tres generales a bordo del automóvil sin que se pudiera adelantar nada en las pláticas.

A las dos de la mañana descendió el general González del auto frente a su residencia en las calles de Humboldt, sin haber llegado a resultado alguno.

—*Ya ha visto usted la actitud del general González* —dijo Obregón a Villarreal, cuando los dos quedaron solos en el coche, y agregó—: *Si el general González renunciara a su candidatura y desistiera de la actitud que ha adoptado, yo quedaría obligado con los pablistas y los llamaría al gobierno; pero esto, si se hiciera ahora mismo. Más tarde y cuando yo haya dominado la situación del país, no tendría nada que agradecer a González.*

Pero lo que se logró pacíficamente solucionar en aquella entrevista, pretendió solucionarlo el general Pablo González por medio de la violencia.

LOS PLANES DE VIOLENCIA DE DON PABLO

Al objeto, y según lo ha referido el licenciado Manuel Gómez Noriega en los *Periódicos Lozano*, el general González, que era el dueño de la situación militar en el Distrito Federal, se dispuso a dar un golpe audaz. Para ello comisionó a los generales Jesús Guajardo y al “Chueco” González, para que se apoderaran de don Adolfo de la Huerta y de los generales Obregón, Calles, Hill y Serrano y los sometieran en el acto a un consejo sumarísimo.

Don Pablo, según ha referido Gómez Noriega, pretendía que después del golpe, se reuniera la comisión permanente del Congreso de la Unión y designara presidente provisional de la República al general Antonio I. Villarreal.

Como el general González tenía ya sus tropas acuarteladas, celebró una conferencia con el general Villarreal, a quien puso al corriente de sus proyectos, indicándole que los elementos pablistas habían resuelto nombrarlo presidente provisional de la República.

—*¿Pero qué vas a hacer, Pablo?* —le dijo sorprendido Villarreal—. *Imposible que yo secunde tus planes. Yo no acepto el poder de tal forma; y la suerte que corran Obregón y mis amigos, ¡la tendré que correr yo!*

Una hora platicaron los dos generales, y cuando Villarreal se despidió de don Pablo, llevaba la seguridad de que éste desistiría de sus proyectos.

Las rupturas en el constitucionalismo

En efecto, inmediatamente el general González dio órdenes para que se suspendiera el movimiento y dos días después, expidió un manifiesto retirando su candidatura presidencial y haciendo entrega del mando de las fuerzas que eran a sus órdenes, al general Villarreal.

INSISTEN LOS PABLISTAS

Electo don Adolfo de la Huerta presidente provisional de la República, éste llamó al general Villarreal para decirle que había deseado nombrarlo secretario de Gobernación, pero que debido a las intrigas de algunos elementos, había creído más conveniente darle la cartera de Agricultura y Fomento.

—*No hubiera aceptado la cartera de Gobernación; pero sí acepto la de Agricultura, en la cual tengo la seguridad de que he de desarrollar una labor revolucionaria en bien de los campesinos* —le contestó Villarreal.

Aunque el pablismo parecía ya liquidado con el manifiesto expedido por el general González y con los nombramientos hechos por el presidente De la Huerta, a favor de varios amigos del general González —entre otros el del general Jacinto B. Treviño, designado secretario de Industria, Comercio y Trabajo, y del licenciado Jesús Rodríguez de la Fuente, como subsecretario—, los informes que el general Villarreal recibía de Monterrey le tenían al corriente de algunas dificultades entre don Pablo y algunos jefes militares.

La jefatura de operaciones en el estado de Nuevo León estaba a cargo, por sugestión de Villarreal, del general Manuel Pérez Treviño, y aunque éste mantenía una actitud correcta y discreta en relación al general González, en cambio, otros jefes no dejaban de cometer inconsecuencias a don Pablo.

SUBLEVACIONES

Un tanto difícil era ya la situación del general González en Monterrey cuando se levantó en armas el general Ricardo González y por mensajes interceptados por la Secretaría de Guerra, se tuvo conocimiento de que otros generales pablistas se preparaban para una rebelión.

Con este motivo, y tratando de evitar un nuevo conflicto, el general Villarreal habló por teléfono a Monterrey al general González, y le dijo que era

conveniente que públicamente desautorizara la sublevación. Don Pablo no contestó ni negativa ni afirmativamente a Villarreal, aunque al día siguiente, telegráficamente, le anunció que no estaba dispuesto a desautorizar la rebelión de Ricardo González.

Comprendiendo el daño que podía hacer esta respuesta a don Pablo, máxime que había sido dada por telégrafo, pudiéndose así enterar de ella muchas personas, el general Villarreal pidió al señor Juan Sánchez Azcona que fuera a Monterrey y hablara con González, insistiendo que desautorizara el movimiento del general sublevado.

Sánchez Azcona se disponía a partir para el norte cuando el coronel Irineo Villarreal entró a Monterrey al frente de un grupo de alzados, y aunque el general Pablo González no salió al frente de sus amigos y partidarios y permaneció en la ciudad, fue esto motivo suficiente para que las autoridades militares lo aprehendieran y lo sometieran inmediatamente a un consejo de guerra.

CÓMO FUE SALVADO DON PABLO

Al tener conocimiento de la traición del general González y de los deseos expuestos públicamente por el general Calles de que se le pasara por las armas al ex candidato presidencial, el general Villarreal se dirigió al presidente De la Huerta, diciéndole lo que sabía de los propósitos del general Calles, quien ocupaba la cartera de Guerra.

—*Yo no permitiré ese fusilamiento* —le contestó don Adolfo con firmeza.

—*Pero es el caso que si usted no ordena esta misma noche que no se fusile a Pablo, el general Calles se daría la habilidad necesaria para decir que la orden del presidente de la República había llegado fuera de tiempo* —objetó el secretario de Agricultura.

—*En ese caso, yo renunciaría a la presidencia de la República* —agregó el señor De la Huerta.

Y en el acto, y en presencia de Villarreal, el presidente dictó un mensaje dirigido a los miembros del Consejo de Guerra que juzgaba a don Pablo, diciendo que en caso de que el general fuera condenado a muerte, él le conmutaba la pena por la extraordinaria de prisión.

Don Adolfo, después de firmar el mensaje, estimó que ya estaba terminado el asunto, pero el general Villarreal le pidió:

Las rupturas en el constitucionalismo

—*Haga usted que le contesté el Consejo de Guerra de enterado, y de que acatará la orden.*

El señor De la Huerta accedió a esta nueva petición de su ministro, y poco después pudo recibir la respuesta del presidente del Consejo en el sentido que pedía el secretario de Agricultura.

La tarea de atraer a todos los grupos políticos al nuevo gobierno emprendida por el general Villarreal continuó cerca de los elementos carrancistas y zapatistas. Gran empeño tomó el secretario de Agricultura, logrando su propósito en que fueran reconocidos los grados militares de los jefes zapatistas y obteniendo que se les dieran comisiones de importancia.

Por lo que respecta a los carrancistas, Villarreal habló en varias ocasiones con el presidente de la República para que se pusiera en libertad a los generales Murguía, Mariel y otros que se encontraban presos en Santiago Tlatelolco.

Los generales carrancistas obtuvieron la libertad y el secretario de Agricultura fue visitado por ellos, teniendo entonces oportunidad de conocer nuevos detalles sobre la tragedia de Tlaxcalaltongo.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 23 de febrero de 1936, año x, núm. 161, pp. 1-2.